

## Retórica y objetividad: los reportes en las ciencias sociales<sup>1</sup>

Ricca Edmondson  
*Department of Sociology*  
*University College, Galway, Ireland*

Los sociólogos citan a Weber para sus propios fines, y Weber recomienda con insistencia, entre otras cosas,

La capacidad de distinguir entre el conocimiento empírico y los juicios de valor, y el cumplimiento del deber científico de ver la verdad fáctica... y... aquellos argumentos que apelan a nuestra capacidad y necesidad de un ordenamiento analítico de la realidad empírica de una manera que fundamente la pretensión a la validez como verdad empírica...<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Este artículo se escribe en un momento en que la sociología a veces se considera fragmentada en un conjunto de islas discursivas, internamente consistentes, donde cada una pretende sostener su propia visión (o rechazo) de la "objetividad", resultando incomprensible y quizás también repugnante para las demás. Esta situación caracteriza asimismo otras disciplinas; ver, por ejemplo las conferencias dictadas por Bob Coates acerca del estado de la economía en el Social Science Research Center, University College Galway, 15.9.1988, en las que cita *The Social and Intellectual Origins of the Sciences*, de R. Whitley. Por su contribución a mis esfuerzos por responder a esta situación, desearía agradecer a Tom Boylan, Mary Fennell, Michael D. Higgins, Holly y Jim Mullarkey, Agnes O. Farrell, Markus Wornier.

<sup>2</sup> Se atribuye asimismo a Weber el haber sostenido en alguna ocasión exactamente lo contrario. Ver, por ejemplo, "On the Objectivity of Social Science", en *Values, Objectivity and Social Sciences*, ed. G. Riley, Addison-Wesley 1974; pp. 45ss. Rudner argumenta que la categoría weberiana de "significatividad" conduciría a un subjetivismo irremediable si la tomáramos literalmente. En mi concepto, una comprensión retórica de la comunicación nos permite incorporar a la sociología

Sea o no ésto exactamente lo que hubiera deseado Weber, sus palabras han sido utilizadas para mostrar que el problema central del método sociológico se refiere a qué acaece y cómo podemos saberlo. Una vez que se ha determinado qué acaece, se sobreentiende que ésto debe escribirse. Por lo general, esta etapa no se considera como un problema para la sociología o, cuando se lo considera, es reducido tan sólo a un problema de exactitud; el de grabar, por ejemplo, pausas de vacilación en el discurso y los auténticos sonidos de las vocales en los acentos regionales<sup>3</sup>. Desde esta perspectiva, la sociología se ocupa de lo que sucede, y de lo que alguien puede saber acerca de ello, —sin establecer gran diferencia entre saber algo y redactarlo.

Aun cuando no deseo suscribir esta concepción, tampoco deseo abandonar la apasionada creencia de Weber de que nuestras afirmaciones sobre la sociedad no son sólo algo aleatorio, relativo, o determinado por valores políticos. No obstante, sostener esta creencia resulta difícil cuando consideramos las deficiencias de un modelo de sociología en el cual sólo hay dos participantes, el observador y lo observado, congelados, por decirlo así, en el espacio y el tiempo. Para ponerlos en movimiento, necesitamos ver qué ocurre cuando un observador intenta transmitir los frutos de su estudio a otro. Exactamente qué ocurre entonces sólo puede ser caracterizado como insignificante si pensamos que el lenguaje académico es capaz de describir lo que acaece y sólo eso, de tal manera que los efectos automáticos de una aplicación desinteresada de los métodos científicos son el resultado de un lenguaje semejante. Alguien transmitiría a otro cómo suceden las cosas en el mundo sin permitir la interferencia de procesos externos que confundiera el asunto. Alguien enunciaría asertos y otro los comprendería, y ésto sería todo. El reporte verdadero

---

ambos aspectos que pretendía Weber, incluso si toma tiempo convencer al chino que menciona.

- <sup>3</sup> Hay, claro está, diferentes estilos incluso en los reportes más minuciosos e inexpressivos. Estos últimos, en los que un interludio de cinco minutos puede tomar diez páginas del texto, pueden ser motivados en parte por la rebeldía frente a la idea de que, dadas las limitaciones humanas de pruebas y de tiempo, suceden muchas cosas entre las personas que nunca llegaremos a establecer definitivamente. Sin embargo, resulta significativo que una meticulosidad de este tipo destruya en efecto todo lo que puede calificarse de social en una interacción. Parecería haber una escala para la transcripción de la comunicación debajo de la cual las intenciones, las motivaciones mutuamente dependientes, las intimaciones irónicas y otras cosas resultan imperceptibles. Una conversación irónica, en especial, es irónica precisamente porque no se ubica de un lado ni de otro de la realidad sino que juega con la tensión establecida cuando ambos lados resultan tentadores. El propósito de la ironía no es el de describir exhaustivamente estas opciones. La interacción social en general, aun cuando menos marcadamente, depende de la ausencia de informaciones precisas. En una conversación normal, algo de lo que se dice o se "envía" se comprende inmediatamente, algo se infiere, algo se comprende mal, y algo sencillamente se ignora. Lo que de hecho se transmite no es completamente conocido por los participantes (menos aún por el observador) y ésto sin duda implica una libertad de negociación necesaria para la interacción social. Intentar transmitir todo esto en un informe sociológico no es, como lo supone Rudner intentar transmitir el sabor de la sopa (o no necesariamente ésto); es intentar mostrar cómo sabemos que las interacciones a las que nos referimos de hecho han tenido lugar.

sería el resultado de seguir métodos confiables de descubrimiento. Este constituye, ciertamente, un punto de vista seductor para quienes desean ser "objetivos" en el sentido de imparciales, desprejuiciados, y evitar la intrusión personal en el recuento de las vidas ajenas<sup>4</sup>.

Lamentablemente para quienes deseáramos concebirnos de esta manera, introducir de nuevo la comunicación en la comprensión de la sociología hace que decir la verdad sea un asunto más complejo. En la próxima sección daré algunas razones para creer que hablar con verdad acerca de los asuntos humanos es un proceso incierto y **prolongado**: no es un proceso fácilmente susceptible de evaluación académica, sino que implica esfuerzos y riesgos que no se eluden en un párrafo ni son evaluables sin más. Si bien sostengo un realismo teórico respecto de lo que en efecto sucede, ofreceré razones para dudar de que esto pueda nunca ser reproducido en el lenguaje<sup>5</sup>. Las formulaciones lingüísticas deben variar independientemente de los cambios ocurridos en lo descrito; más alarmante aún, la veracidad de un recuento es, en última instancia, un **producto** del aporte de quien argumenta y, más aún, del aporte de la audiencia en un proceso conjunto que fluctúa con el tiempo.

Un enfoque retórico del lenguaje está en condiciones de hacer visibles estos asuntos en cuanto se aparta de una intencional ingenuidad acerca de lo que implica la comunicación. Se enorgullece de enfrentar el hecho de que los sentimientos, los presupuestos no admitidos, las predisposiciones sociales son endémicos a lo que pueda ser escrito o dicho acerca del mundo social. Esto debiera significar que al menos los sociólogos inclinados a la retórica, son inmunes al reproche dirigido por Lionel Trilling a aquellos escritores que se comportan como si "en relación con su trabajo y su audiencia, ellos no fuesen personas", sino vehículos profesionales impersonales, libres de los procesos que normalmente afectan a la gente y a lo que intentan decir<sup>6</sup>. No creo, sin embargo, que hayamos comprendido y menos aún que

---

<sup>4</sup> Este es al menos un caso de confluencia de preferencias morales socialmente influenciadas y metodología "oficial". Sólo una parte debe descartarse como proveniente de inhibiciones masculinas de clase media.

<sup>5</sup> Richard Brown pone en duda la viabilidad de "un relativismo de modelos conjugado con un absolutismo de fenómenos", donde se argumentaría que "el mundo 'realmente existente', se encuentra sin embargo, obstinadamente allí." Aduce que esto sugeriría que hay fenómenos "de alguna manera cognoscibles independientemente de alguna perspectiva." No creo que esto sea preciso; en efecto, no hay necesariamente contradicción en afirmar que las cosas permanecen aun cuando nunca las conozcamos completamente e incluso si nunca sabemos a cabalidad cómo las conocemos.

<sup>6</sup> Su discusión de la posible novedad relativa de la concepción de sinceridad, que implica "evitar ser falso hacia cualquier hombre al ser sincero consigo mismo", puede considerarse conjuntamente con el tratamiento que hacen Perelman y Olbrecht-Tyteca del ámbito posible de distancias (atribuidas) entre una persona y sus palabras o acciones. Parece claro que las distancias convencionalmente esperadas varían entre las (sub) culturas, así como las correspondientes equívocas.

acatemos las implicaciones metodológicas de asumir un enfoque retórico de la comunicación sociológica. Las convenciones del sujeto son objetivistas o pragmáticas y—de una manera cuya exactitud o eficacia puede dudarse—nos alientan a ocultarnos algunos de los procesos argumentativos en los que participamos. El “discurso” mismo se ha convertido en un término academizado, distante de las cotidianas dificultades del discurso humano.

En lo que sigue deseo examinar en primer lugar las conclusiones del análisis retórico de las implicaciones de la **dependencia de la audiencia** y del **tiempo** para la estabilidad del lenguaje acerca de la sociedad. En la segunda parte recordaré, aun cuando en un tono de “Sí, pero...”, algunas de las virtudes de un empirismo “objetivista”. Finalmente, intentaré sintetizar estos dos conjuntos de reflexiones haciendo sugerencias acerca de las convenciones que debieran seguirse en la práctica interpersonal del discurso sociológico.

## I El Pathos y el transcurso del tiempo: la inestabilidad de las explicaciones

Si nos apartamos por ahora de lo que ocurre en el mundo social para centrarnos en lo que puede decirse acerca de él, los *topoi* clásicos dirigen nuestra atención hacia fenómenos cotidianos. Al igual que el hacer, el decir se enuncia en un lugar determinado, por un motivo determinado, en un momento determinado<sup>7</sup> —y a una determinada audiencia. Lo anterior es fácil de admitir si hablamos de otra persona, acerca de la vida social, en la cual hay cosas que pueden ser dichas en una situación y no en otra, o de acuerdo con un conjunto de convenciones y no otro<sup>8</sup>. Resulta más difícil aclarar —si nos negamos a suscribir el modelo de lenguaje purificado y poco realista arriba descrito—qué condiciones de enunciabilidad se aplicarían a la sociología misma<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Los loci convencionales eran “*quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando*”.

<sup>8</sup> En la vida cotidiana es instructivo verse confrontado con instancias de este fenómeno; cuando, por ejemplo, se intenta visitar a personas que revelan no poseer concepción alguna de lo que es una visita social, ningún conocimiento de las convenciones que la rigen y ningún deseo de adquirirlas. En estas circunstancias, la interacción resulta desconcertante y absurda; un conjunto de comportamientos considerados previamente como “evidentes” sencillamente se descarta y nada, a corto plazo al menos, puede reparar la situación. En general, independientemente de las palabras elegidas por A, si B no tiene manera de amoldarse a ellas, la interacción a medias intentada por A no puede tener lugar y no puede iniciarse. Esto demuestra en detalle el funcionamiento de la interdependencia entre “personas” en la interacción (especialmente en los procesos de “socialización”).

<sup>9</sup> La sociología de la sociología, debe tener en cuenta el funcionamiento comunicativo de lo dicho o escrito junto con las condiciones sociales reales en que se produce: ver, por ejemplo, *Realities of Social Research*, Platt, 1976.

Las condiciones de enunciabilidad referidas a la audiencia pueden ser abordadas a través de la categoría aristotélica de **pathos**: ésta nos permite observar qué sufre un cambio por el hecho de que lo dicho sea dicho a alguien, a una persona con hábitos de pensamiento derivados de sus disposiciones cognoscitivas o emocionales. No son éstas meras actitudes emocionales o políticas ajenas que puedan ser neutralizadas al admitirlas públicamente; tampoco pueden ser purificadas mediante la adopción de una "actitud científica" invariante. Son moldes mentales y emocionales según los cuales cierto tipo de asertos merecen credibilidad y otros no. Quien desee resultar **inteligible** para otro precisa saber qué efecto dado tendrá el estado mental de la persona a quien se dirige —lo cual incide especialmente en la sociología, por el hecho de que tanto el hablante como el oyente son miembros de su propio objeto de estudio. Esto comunica un cariz especial al hecho de que lo dicho por un sociólogo a otro o a un miembro de la sociedad estará determinado, no sólo por la concepción que tenga el hablante de lo ocurrido, sino también por la otra persona. Si el sociólogo se dirige a dos audiencias muy diferentes entre sí, lo que dice debe asumir formas muy diferentes. Ciertamente, cualquier contexto específico de discurso admite factores limitantes que rigen en general el ámbito de variación permisible, y admite objeciones a las que toda explicación aceptable debe responder. Pero esto no es suficiente para erradicar la extrema rareza, según los patrones de "objetividad" científica del siglo XX, de una situación en la cual diferentes recuentos de la misma "cosa" son exigidos por factores ajenos a la "cosa" misma.

El concepto de **pathos** se centra en aquel aspecto de dependencia de la audiencia en el hablar que deriva de las disposiciones previas del oyente (o del lector): disposiciones de largo alcance —de carácter social, emocional, cognoscitivo— de las cuales, (con justa razón), no se prescinde a la ligera. Cualquier cosa que amerite ser reportada en sociología no es, por definición, algo que todos acepten de antemano. Precisamente en cuanto difiere de las disposiciones previas de la audiencia, se constituye necesariamente en un reto para ellas; y ésto compromete su neutralidad en tanto que informe. El examen de lo que ocurre en un proceso semejante de comunicación muestra que lo que de hecho puede decirse acerca de la sociedad no sólo es no-neutral en su incidencia; también **fluctúa en su contenido**, según las intervenciones de la audiencia y en concordancia con el transcurso del tiempo<sup>10</sup>.

Tomemos, por ejemplo, un descubrimiento reciente del politólogo Ivor Crewe, quien afirma que cuando se les pregunta a los votantes ingleses acerca de sus

---

<sup>10</sup> La cantidad de lo transmitido que precisa ser formulada varía también entre (sub) culturas; puede ser relativamente grande en norteamérica y relativamente pequeña en Irlanda. (Esto permite un ámbito de especulación acerca de si enunciar o no enunciar es comunicativamente más efectivo, o el indicio más confiable de la existencia de un fenómeno). Alguna información no formulada puede asumirse como comunicada independientemente de las intenciones del hablante o del escritor. Ver, por ejemplo cartas a *The Irish Times*; allí donde la especulación acerca de lo tácito es habitual y convencional, la presunta motivación de la comunicación puede ser asumida como parte de ella incluso cuando el autor prefiere enmascararla o ignorarla.

preferencias respecto de las medidas gubernamentales, sus respuestas no revelan ningún prejuicio de clase significativo; especialmente sorprendente resulta la naturaleza del acuerdo entre los encuestados<sup>11</sup>. Por una parte, concuerdan en apoyar a la señora Thatcher, y por la otra en la detracción de sus políticas. Preferirían que incrementara los impuestos en lugar de esforzarse por rebajarlos, y que ampliara los servicios sociales en lugar de recortarlos. En mi opinión, independientemente de cómo se desenvuelva Crewe para hacer inteligible este descubrimiento, algunos supuestos de la audiencia acerca de la naturaleza humana se verán afectados, pues habitualmente supone que, en asuntos de importancia pública, la gente evidenciará al menos algún grado de coherencia racional entre el logro de un resultado y el deseo que lo motiva. ¿Cómo es posible votar por una persona cuando se desaprueba lo que ocurrirá como resultado de votar por ella? Supongamos ahora que Crewe desea hacer comprensible otro tipo de coherencia, aquella que puede establecerse entre votar por alguien y admirar su carácter. Esto enfatiza problemas de lealtad, fidelidad, personalidad (de hecho, de "ethos"). Y para hacer inteligible el voto sobre estas bases a una audiencia inclinada a la racionalidad, es preciso decir diferentes cosas y ampliarlas mucho más de las que se precisaría para lectores completamente familiarizados con el manejo de estas ideas y de sus consecuencias para la acción social.

Lo anterior, sin embargo, tiene implicaciones para el contenido del reporte del autor. Sólo en términos de la pragmática de la comunicación, en general, no es posible que una parte preponderante del propio informe esté conformada por explicaciones de procesos socio-emocionales sin transmitir simultáneamente al lector la idea de que en cierto sentido una parte preponderante del fenómeno en cuestión está relacionado con emociones. Esto nada tiene que ver con el uso de términos en sí mismos cargados de emoción, o con "sesgos" en el sentido ordinario; sencillamente, la cantidad de enunciados de un texto dan "presencia" a lo que describen. Por consiguiente, a pesar de las modalidades del significado para el escritor, las convenciones de la lectura generan una situación en la cual el significado para la audiencia se centrará probablemente en los componentes emocionales del informe<sup>12</sup>. Y esto difiere mucho de nuestro punto de partida, donde se suponía únicamente que el comportamiento de las personas encuestadas por Crewe parecía más relacionado con sus emociones de lo que pudiera presumirse. Crewe puede, naturalmente, intentar reestablecer un equilibrio al afirmar que esto es así, pero en sí misma una estrategia semejante no restituiría el equilibrio, a menos de que la audiencia homogéneamente asumiera una posición tal que sólo retuviera la porción deseada de sus concepciones iniciales acerca

---

<sup>11</sup> Ver el artículo de Mary Holland en *The Irish Times*, 11.2.1989. Resulta también sorprendente el descubrimiento de Crewe acerca de la carencia de prejuicio de clase en las respuestas, pues se supone que las diferencias de clase en Inglaterra son muy marcadas social y sefológicamente. Parece también, de estar Crewe en lo cierto, que las diferencias entre la racionalidad de la votación para ingleses e irlandeses, sobre las que se ha hecho tanto énfasis, tienden a desaparecer.

<sup>12</sup> Ver Wörner, *Performative und sprachliches Handeln* (Hamburg: Buske Verlag, 1978).

de la racionalidad para combinarlas con una sección menor del informe de Crewe sobre la no-racionalidad de la que aparece impresa. En el momento de escribir, Crewe no puede predecir con certeza si ésto ocurrirá. Aun cuando su elección de expresiones está relacionada con el conocimiento que tenga de la audiencia, el éxito de tales expresiones sólo podrá ser juzgado *a posteriori*, y toda falla en la comunicación exigirá correctivos. Es más probable obtener un resultado comunicativamente satisfactorio cuando éste surge de un diálogo continuo y no de un mensaje emitido una sola vez, y puede ser **juzgado** —de manera algo winchiana<sup>13</sup>— cuando el autor y los lectores pueden proceder conjuntamente sin necesidad de constantes retracciones y ataques.

Tal explicación transaccional de la comunicación tiene el mérito de sugerir fundamentos empíricos de la variación en la recepción de textos, tanto entre individuos como entre grupos. Pero especialmente alarmante para el estatuto de los reportes sociológicos es el hecho de que estas variaciones no son sólo sincrónicas sino también diacrónicas. En cuanto un informe como el de Crewe logre cambiar las expectativas acerca de lo que hace la gente al votar —proceso que necesariamente se extiende en **el tiempo**— cuando los lectores en una fecha posterior consulten de nuevo el informe, le añadirán un sub-texto diferente. Si en primera instancia era necesario un recuento detallado de los factores de lealtad para conseguir que los lectores los admitieran, en un momento posterior, cuando ya los hayan admitido, el mismo texto parecerá enfatizarlos excesivamente. En cuanto el texto habla efectivamente al lector, éste se transforma; tanto quien narra como quien escucha se convierten en personas en algún grado diferentes y el mismo texto adquiere un significado diferente del inicial.

Lo anterior se encuentra ilustrado, por ejemplo, en las intervenciones de Yeats en la vida cultural irlandesa a fines del siglo pasado. Al dirigirse a una audiencia habituada a imágenes de incompetencia nacional y nacionalismo teatral, Yeats le presenta la riqueza del idioma irlandés y de una tradición hasta entonces (y a la fuerza) ignorada. Décadas más tarde, las intervenciones de Yates pueden ser consideradas como evidentes e ingenuas; no sólo para una audiencia posterior, sino incluso (como *The Fisherman* y más tarde *The Circus Animal's Desertion* lo muestran), para el **propio autor**. Tampoco puede la sociología escapar al hecho de que el mismo relato debe ser repetido muchas veces, dependiendo de quién lo escucha, de lo que ya siente y sabe, y de si lo ha escuchado antes y cuándo. Los factores de dependencia de la audiencia y de tiempo relativos al pathos significan que el éxito de la comunicación es intrínsecamente inestable.

---

<sup>13</sup> Me refiero a la idea de Winch, según la cual la gente descubre si los otros han aprehendido la naturaleza y contenido de una regla social cuando ambos están en condiciones de proceder de la misma manera.

## II El Logos y lo que ocurre en el mundo social

La antítesis a esta tesis surge, naturalmente, de la reflexión de que las cosas de hecho acaecen, incluso si nunca podemos decir definitivamente qué son, y que (a pesar de la hermenéutica), el alcance y seriedad del impacto de la comunicación en las explicaciones es algo variable. Hay una rama entera de la sociología, quizás dominante, cuya pretensión implícita es que en la investigación estadística empírica las variaciones en la enunciabilidad no tienen ningún impacto. No es necesario suscribir esta afirmación para tomar en serio la sociología estadística, ni para permitir a trabajos de esta especie un papel en el rescate de lo recuperable del sentido de "objetividad" atribuido a Weber. He argumentado que ineludiblemente en la comunicación sociológica tanto el autor como la audiencia contribuyen a la conformación de una totalidad que fluctúa según el tiempo y las circunstancias. En efecto, es de la combinación de sus contribuciones en un momento dado de lo que puede predicarse cualquier intento de veracidad. Pero si los criterios para evaluar tales combinaciones no han de ser meramente internos, es preciso esforzarse por vincularlas con lo que acaece, aún si no pueda considerarse que lo describen directamente. Podemos admitir entonces, sin sucumbir a las exigencias imperialistas del empirismo como "una" retórica, que la tradición intelectual de Occidente ejemplifica una serie de intentos por asegurar el discurso dentro de cierto grado de lealtad con lo que acaece. Faute de mieux y entre otros criterios —algunos de los cuales están todavía por desarrollar— no estamos en condiciones de desechar el trabajo centrado en proposiciones que son, dentro de sus propios términos de referencia, menos susceptibles que otras a algunas de las inestabilidades del discurso sobre la sociedad.

Esto no es decir mucho, pero es decir algo. Si el 25% de encuestados señalan una casilla identificada "Sí" en una fecha particular, ésto por sí mismo no nos dice mucho. Brown inclusive califica datos semejantes de "asignificativos" cuando carecen de explicaciones que dependen en gran medida de sus orígenes sociales<sup>14</sup>. Sin duda son "asignificativos" en el sentido de que no son auto-explicativos, pero no son inexistentes; comprenden, si no interpolaciones directas del mundo real, sí al menos factores limitantes que, en el mundo donde actualmente vivimos, todo recuento convincente debe explicar, interpretar, incluir o eliminar con razones suficientes. Estos "factores limitantes" restringen y no necesariamente dominan lo que se dice; no obstante, como criterios fundamentadores de lo afirmado acerca del mundo, forman parte de lo que disponemos para afianzarnos.

---

<sup>14</sup> Brown considera los datos utilizados por grandes teóricos sencillamente como "materia prima", "sin importancia, podríamos decir incluso incognoscibles o asignificativos"; cobran importancia cuando "son vistos como una metáfora icónica original de un ámbito teórico más amplio". Es este un argumento diferente del ofrecido por Lofland cuando afirma que los estudios de caso en pequeña escala son implícitamente generalizados en situaciones de mayor escala.



En tanto que nos afianzamos, no está de más que seamos conscientes de la naturaleza mediata de aquello en lo que nos apoyamos. Bourdieu señala que incluso las actividades aparentemente más inocentes y puramente técnicas —tal como la de hacer distinciones, *per se*<sup>15</sup>— transmiten mensajes sociales que alteran las líneas comunicativas entre el autor y el lector. El hecho de que un estadista pueda trazar sofisticadas distinciones entre diversas categorías de desempleo lo coloca en una posición de poder respecto de la persona que efectivamente se encuentra desempleada. Y es bien sabido que los contenidos de las distinciones no pueden estar libres de efectos sociales o de presupuestos sociales acerca de qué merece ser distinguido. El sólo hecho de no investigar un área la declara indigna de atención: si bien la “presencia” es una figura retórica, también lo es la “ausencia”. No es sólo una ficción poética pretender que dar a las palabras “la inefabilidad de la experiencia vivida”<sup>16</sup> sea un proyecto peligroso. Nombrar, o incluso numerar presuntos fenómenos les confiere viabilidad social, los lanza en un curso determinado en la conciencia de los demás. Necesariamente, se seleccionan y configuran algunos elementos a expensas de otros. Permitir que asuman espacio cognoscitivo interpersonal también conforma y elimina aquello a lo que no se atiende.

Algo de ésto puede ser remediado. Dada, quizás, una preocupación política apropiada, es posible advertir que, por ejemplo, la publicación de los datos del desempleo más bien que los empleados puebla la mente del lector de determinada manera; aunque ésto por sí mismo no garantiza que otros datos alternativos sean integrados por los lectores. Puede suceder también que en ocasiones no esté disponible un lenguaje socialmente operante para formular las distinciones apropiadas. El tiempo resulta ser de nuevo un factor de control: puede argumentarse que las aspiraciones a la indulgencia patronal de los trabajadores en huelga descritos por Gouldner a principios de la década de 1950<sup>17</sup> pudiesen, dados los movimientos políticos “alternativos” de la década de 1980, ser expresadas ahora en un lenguaje al que la audiencia pudiera acceder de manera muy diferente. Pero la diversidad de puntos de vista o de lenguajes nunca será suficiente para abarcar todas las distinciones potencialmente válidas, y no hay tiempo para revisar interminablemente un reporte sociológico con miras a compensar todas las distorsiones y omisiones que pueda

---

<sup>15</sup> Según Bourdieu la capacidad de trazar finas distinciones estéticas puede originarse en la necesidad social de indicar la diferencia entre la propia clase social y la de los demás; también el artículo de Tom Duddy sobre el mismo tema en *Outlet*, No. 6 (1988): “Art and the Tyranny of Taste”.

<sup>16</sup> Según Brown. Ver también John Moriarty (Conferencias sobre poesía), discusiones teológicas sobre el nombre de Dios y los escritos feministas acerca del poder social de nombrar.

<sup>17</sup> Ver *Patterns of Industrial Bureaucracy* (1954) y *Wildcat Strike* (1955) de Gouldner. En “Rhetoric as Method in Sociology”, sostuve que un lenguaje socialmente válido para describir los sentimientos y percepciones de los trabajadores no existía para ellos ni para Gouldner en ese momento.

contener. Además de que ésto llevaría a descuidar todas las otras cosas a las que debiera atenderse —y la ausencia transmite que son dignas de descuido— el tiempo no se detiene; y al final de una progresión bien intencionada como ésta, el informe original, corregido, tendría un significado diferente del inicial. El intento de inyectar verdad a un único informe sería en principio un proceso interminable. No obstante, lo anterior no nos permite olvidar por completo la vieja “objetividad”; si bien ésta no puede sostenerse por sí misma, sus esfuerzos por encontrar puntos de apoyo para el discurso acerca del mundo social producen criterios necesarios, aun cuando parciales, mediante los cuales puede evaluarse la responsabilidad de estos discursos.

### III Ethos y “Sitte”: los contextos convencionales del informe veraz

He intentado argumentar que, aun cuando las cosas acaecen en el mundo y no es aleatorio qué deba decirse acerca de ellas, “lo que se dice” es en efecto un proceso conjunto y dependiente del tiempo, donde la “objetividad” debe ser sustituida por la “veracidad” en cuanto ésta permite reintroducir las contribuciones personales y ser evaluada en términos de lo que el autor y la audiencia contribuyen conjuntamente. He argumentado también que los métodos empíricos nos dan un control sobre lo que de otra manera sería una mera armonía interna entre el autor y sus lectores, pero que en sí mismos no bastan para reducir tal discurso a una sencilla descripción de lo que acaece. Puede ser que la reticencia de algunos sociólogos a admitir las limitaciones de técnicas aparentemente neutrales derive en parte de un horror justificado frente a lo que puede suceder, y ha sucedido en el pasado, cuando los reportes acerca de la sociedad han carecido del control necesario. Lo anterior puede observarse en los tiempos de la pre-guerra en el trabajo de Carl Schmitt: argumentado con brillantez y muy a tono con su audiencia pero a menudo diabólicamente equivocado. De hecho, Robert Nisbet observaba en 1970 que la sociología “radical” norteamericana le recordaba los excesos del nazi, Rosenberg, en la década de 1930. Frente a este tipo de peligros reales, ciertamente es preciso desarrollar en la medida de lo posible todas las fuentes de consenso razonable acerca de los “factores limitantes” que podamos encontrar. Pero insistir en que esto es todo lo que puede hacerse es entregar demasiado y también invitar al auto-engañó: estas medidas nunca son susceptibles de ejercer un control exhaustivo sobre lo que los sociólogos puedan decir, y a —más correctamente, “con” —quien.

En estas circunstancias, parece haber sólo un último recurso para derivar puntos de apoyo adicionales y autenticidad para los reportes: las relaciones entre las personas involucradas, quienes describen o son descritas, en los informes sociológicos. Esto nos lleva a la categoría aristotélica de *ethos*. Dado que los intentos por asumir posiciones respecto de las cuestiones sociales siempre tienen lugar en un contexto de percepciones en constante transformación, y sujetas a lo que puede comunicarse a y desde una audiencia particular, una última defensa para la confiabilidad de lo enunciado (al menos en un tiempo y lugar determinados) puede encontrarse en la relación establecida

entre el hablante y aquellos a quienes se dirige. Para Aristóteles este problema, en última instancia, depende de si la audiencia puede **confiar** en el hablante. Dadas las limitaciones humanas, es aconsejable que la audiencia confíe en el juicio de un hablante que percibe como bien informado, intelectual y moralmente competente y bien dispuesto para ello: que no desee engañar. Para San Agustín, el buen funcionamiento de esta relación llega incluso a ser amor; en todo caso, el examen de los escritos sociológicos muestra que la relación debe ser **mutua**. Como lo vimos en los casos de Crewe, Yeats o Gouldner, el **hablante** depende también de la **audiencia** en lo que respecta a las palabras que utiliza. Argüí que la veracidad pertenece al resultado conjunto de lo que el autor y la audiencia dicen. Si la audiencia contribuye *x*, el hablante puede decir *y*, y si la audiencia cree *y*, el hablante puede contribuir *x*. Pero si la audiencia no contribuye en absoluto, o contribuye solamente con algo a lo que nada puede añadirse que produzca un genuino resultado, entonces, al menos a corto plazo, no es mucho lo que el hablante puede hacer.

Puede sostenerse que de hecho sabemos muy poco acerca de cuáles sean precisamente las condiciones de enunciabilidad que tienden a producir un resultado fructífero; probablemente, no exista un **único** conjunto de condiciones semejante. La lealtad a la verdad debe coexistir con el reconocimiento de la probabilidad de que uno no la esté diciendo y menos aún que sepa cuándo la dice. Esto puede conducir a una actitud hacia la actividad de informar que no es en absoluto objetivista sino ecuménica. Clifford Geertz observa que ninguna persona que registra una escena social puede esperar decir todo lo que puede decirse acerca de ella, y ni siquiera lo más importante. Esto puede sonar trivial, pero la historia de la sociología contiene suficientes ejemplos de la dificultad de explorar conscientemente una situación y a la vez permitir incluso la validez teórica de un enfoque divergente. Nadie puede **ver** el pato y el conejo simultáneamente. Gareth Morgan argumenta en favor de la compatibilidad de ciertas metáforas empleadas en el estudio de las organizaciones sociales<sup>18</sup>; sin embargo, es lógicamente verdadero afirmar que no todas las perspectivas pueden combinarse. Cada una implica dar prioridad a un conjunto de aspectos sobre otro, y es imposible dar prioridad a todos a la vez. El intentarlo produce una especie de mescolanza indiferenciada de la que se acusa en ocasiones al ecumenismo. El auténtico ecumenismo, no obstante, parece permitir la validez de (algunos) puntos de vista diferentes como conducentes a pretensiones verdaderas. Aun cuando se preocupa por la verdad y sabe que la verdad definitiva nunca podrá formularse, reconoce la necesidad de una diversidad de personas que vean las cosas desde diferentes perspectivas. Tal reconocimiento, cuando se apoya en las convenciones apropiadas, podría al menos combatir la fragmentación del tema de manera que las personas **únicamente** se dirigieran a aquellos en quienes confían y que confían en ellos.

---

<sup>18</sup> Ver *Images of Organization*, Sage 1986. Este excelente libro sucumbe en ocasiones a la tentación de intentar **combinar** puntos válidos pertenecientes a diferentes enfoques metafóricos, sin discutir hasta dónde en esta operación se pierde su visibilidad.

Este recuento de las funciones de *pathos*, *logos* y *ethos* en la argumentación sociológica tiene una característica ulterior: una vez afirmada la ineludibilidad y la contribución creativa de cada uno, inmediatamente se retracta: cada cual, individualmente considerado, conlleva el peligro de la distorsión. El intento por lograr una combinación apropiada en una situación determinada es una empresa llena de riesgos. Para restringirlos en interés de la veracidad, precisamos conocer mejor las circunstancias sociales que propician la producción de proposiciones verdaderas, verdaderas no sólo en un sentido prosaico sino merecedoras de defensa. En lugar de intentar, *per impossibile*, diseñar situaciones desprovistas de personalidad y de poder de las que un discurso semejante pudiese surgir<sup>19</sup>, necesitamos descubrir qué sucede en situaciones donde de hecho hay convenciones que asumimos para desarrollar veracidad, al menos bajo ciertas circunstancias. El discurso sociológico precisa asemejarse más y no menos, en ciertos aspectos, al lenguaje cotidiano, y ciertamente no fingir una diferencia mayor de la existente. Sin embargo, es necesario elegir con cuidado los modelos cotidianos. La Universidad Humboldt, los Alcohólicos Anónimos, las "comunidades de base" tercermundistas, todos pueden producir convenciones dentro de las cuales los esfuerzos por descubrir la verdad pueden refrenar su pretensión a apropiarse de ella, la cual de hecho contradice las pretensiones de "imparcialidad" y de "objetividad" que originalmente debiera promover<sup>20</sup>. Seguir modelos semejantes quizás no garantice veracidad; no seguirlos, sin embargo —en nuestras instituciones tanto como en la práctica privada— puede garantizar falsedad<sup>21</sup>. Seguirlos incidirá también sobre el lenguaje sociológico. En cierto sentido, así es como debe ser, puesto que el análisis retórico muestra que el lenguaje sociológico no puede eludir las relaciones personales, los puntos de vista morales y políticos. Hace tanto tiempo fingimos que puede hacerlo que ahora resulta difícil describir qué podemos esperar de un lenguaje sociológico que intentase decir la verdad, reconociendo a la vez las realidades morales y políticas, y que expresara un compromiso con las realidades del placer y el dolor<sup>22</sup>.

Traducción: *Magdalena Holguín*

Revisión: *Fernando Uricoechea*

---

<sup>19</sup> Entiendo que intentos como los de Habermas de diseñar situaciones de discurso desprovistas de poder social relativo probablemente no encontrarán contrapartes análogas en situaciones reales.

<sup>20</sup> Ver Paulo Freire, *Pedagogía de los oprimidos* (1972) para una discusión sobre los vínculos entre situaciones sociales dadas y los tipos de discurso a los que dan lugar; o algunos de los ensayos contenidos en *Gendered Subjects: the Dynamics of Feminist Teaching*, ed. Margo Culley and Catherine Portuges (1985).

<sup>21</sup> Hay, claro está, circunstancias sociales que pueden minar sus propios mensajes, independientemente de cuán impecables sean formalmente: como predicar el amor desde una iglesia autoritaria.

<sup>22</sup> Puede no resultar claro por qué no he definido qué entiendo por "veracidad" (aun cuando definir la falsedad sea quizás más fácil). No obstante, incluso si una explicación definitiva de veracidad fuese inalcanzable, como dijo Weber en otro contexto: "... lo posible a menudo se consigue sólo en el esfuerzo por lograr lo imposible que yace más allá".

## **Retórica y objetividad: los reportes en las ciencias sociales**

### **Resumen**

Desde la perspectiva de un abordaje retórico a la comunicación sociológica, la veracidad describe más adecuadamente las aspiraciones de la narrativa en la ciencia social que la objetividad alegada por la metodología objetivista. La veracidad de una narración depende tanto de las contribuciones de quien argumenta como de las del público y esta veracidad es, simultáneamente, dependiente de la

variable tiempo. Por lo tanto, la comunicación fluctúa en su contenido dependiendo del público y del paso del tiempo como algo natural. El éxito de la comunicación—de por sí inestable—es, además, analizado con la ayuda de categorías aristotélicas como pathos, logos y ethos que sirven como criterios para evaluar la veracidad.

## **Rhetoric and Objectivity: On Reporting in the Social Sciences**

### **Abstract**

*From the perspective of a rhetorical approach to sociological communication, truthfulness better describes the aspirations of a social science narrative rather than the objectivity claimed by objectivist methodology. The truthfulness of an account depends both upon the contributions of the arguer and of the audience, and is simultaneously dependent on*

*time. Therefore, communication fluctuates in content depending upon the audience and the passage of time as a matter of course. The success of communication—in itself inherently unstable—is furthermore analyzed with the help of Aristotelian categories such as pathos, logos and ethos which serve as criteria for assessing truthfulness.*

